

NEW AGE

RELIGIÓN PARA TIEMPOS NEOLIBERALES

Sergio Schmucler *

I

A mediados de los años sesenta y de la mano de aquella poderosa revuelta contestataria que incluyó tanto al radicalismo de grupos juveniles de izquierda como al movimiento *hippie*, nació una trama neorreligiosa de carácter sincrético, que adoptó el nombre de Nueva Era.

De clara predisposición negativa frente a las instituciones religiosas dominantes, logró sintetizar, en ese campo, las críticas y desencantos de amplios sectores de las clases medias estadounidenses, y rápidamente se difundió por las grandes ciudades de occidente.

En su seno se articulan, de manera desordenada y a veces contradictoria, pensamientos que cuestionan el bienestar de la sociedad consumista, con prácticas místicas, esotéricas, espiritistas, y técnicas de meditación tanto de tradiciones orientales como de las escuelas psicoterapéuticas y posteriores al psicoanálisis.

De igual manera, confluyen en la Nueva Era las expectativas mesiánicas milenaristas de la cultura judeocristiana, que sobreviven —con vigor a veces no muy reconocido— en el mundo secularizado.

En la medida que la Nueva Era no es una religión con estructura, cuerpo dogmático y jerarquías definidas, para poder conocerla se la debe interrogar en su práctica misma, en el entendido de que cuando se habla de una práctica de tipo religioso, se habla de una manera específica de instalarse en la sociedad. Una religión —y en este sentido la Nueva Era lo es—, es una geografía desde la cual se mira y se vive en el mundo.

Veamos algunas características propias del practicante nuevaeriano o *newager*.

Es un integrante de la comunidad judía o un miembro de la grey católica, que además del dios que aprendió a respetar desde niño, ha adoptado algunas prácticas consideradas poco menos que extrañas, hasta hace pocos años. Tiene una cruz o una imagen del Nazareno sonriente en su cuarto, todas las mañanas hace algunos ejercicios de Tai Chi y cada tres o cuatro semanas se va a las faldas del Ajusco a una sentada zen donde un Roshi conducirá el ejercicio. Tiene su estrella de David y respeta el sábat, pero se baña con agua fría todas las mañanas, ha dejado de comer carne y toma cursos del "Despertar de la conciencia". No cuestiona la devoción de sus familiares por la Virgen de Guadalupe, pero la cree emisaria de una bienhechora civilización extraterrestre. Cree en Cristo, pero el suyo no es el Verbo Encarnado, ni una de las partes de la trilogía divina, sino que es el Cristo Cósmico, el arquetípico, el que tanto se parece al Adam cabalístico, y el otro, el nacido de María, es una manifestación suya más, como lo fueron Mahoma, Moisés o Buda.

El nuevaeriano busca integrar su Yo con el Cosmos, a través de la "evolución de la conciencia" y de esta manera entrar en "estado de armonía" entre el "uno" y el "infinito". La Tierra, para él, es un organismo vivo, de alguna manera pensante, al que la humanidad debe integrarse, después de haberla concebido erróneamente durante siglos tan sólo como espacio de procreación y realización.

Además —y esto es fundamental en la concepción nuevaeriana—, considera un inminente cambio de era, o paradigma, a partir de la creencia en la influencia astral sobre la vida. La Tierra —*Gaia*, ese ser total al que pertenecemos todos—, dejará de estar bajo la influencia de Piscis y entrará en Acuario.

* Antropólogo y cineasta

"Entrar" en Acuario es un acontecimiento que no acepta ningún matiz. Es absoluto: es el devenir de los astros el que lo determina y se da de una vez y para siempre, y no hay nada que podamos hacer. Se trata de circunstancias de las que ninguna cultura, ningún país, ningún poder sobre la tierra, pueden deslindarse. Son las gigantescas estrellas y sus vastos movimientos los que, en un espectacular reacomodo, nos llevan a distintos nichos de influencia astral: entraremos, se quiera o no se quiera, en la constelación de Acuario y ella nos registrará los próximos dos mil y algo más de años, como ya lo hizo la constelación de Piscis, en estos últimos dos mil tan dolorosos.

Atendiendo a esta certidumbre, es evidente la existencia de una esperanza milenaria. Esperanza que, paradójicamente, en la mayoría de los casos, no aísla al nuevaeriano de su medio —como sí ocurre cuando el practicante ingresa en una secta, es decir, en un ámbito que por sus propias características es excluyente—, sino que lo instala cómodamente en él. En la medida que la salvación prevista es inevitable y masiva, no importa lo que el milenarista del presente haga como práctica cotidiana. No importa, por ejemplo, saber cuál es el sentido de sus horas de trabajo, si él, aunque sea una hora por día puede relajarse, levitar o repetir algún *mantra*, prácticas que lo preparan para lograr un mejor acceso a la próxima edad dorada del mundo. Y tampoco importan las condiciones de vida de sus congéneres.

El "todo" está dentro suyo y si cierra los ojos y trabaja con ciertas técnicas que se ofrecen en el mercado (al igual que pantimedias, misiles o teléfonos celulares), alcanzará un estado de conciencia capaz de fundirlo con el Universo y su energía cósmica.

"Todo está en mí, todo está dentro mío, el micro es un reflejo del macro", se repiten en distintas lenguas y bajo diversos ritos, miles de *newagers* a lo largo y ancho del mundo. Y también: "Yo puedo cambiar el estado de las cosas, yo puedo hacer

que este mundo sea mejor, desde mi 'mismidad', desde mi conciencia íntima, desde mi ser esencial. Porque si yo cambio, todos pueden cambiar. Y si cambiamos todos, todo cambiará, el Uno, que es el Todo, será Otro".

Esto significa que se puede, en el sentido Nueva Era, practicar el budismo *zen* y a la vez ser alto ejecutivo de una empresa que vende armas. Se puede ser seguidor de Sai Baba, vestirse de blanco para adorar al sol desde los últimos peldaños de la pirámide de Teopoztlán, luchar por la defensa de las focas, y a la vez tener un auto con sillones recubiertos de piel. Se puede ser médico holístico, iridiólogo, producir flores de Bach y a la vez alcanzar el nivel diamante en el sistema de venta personalizada más impresionante de la historia, Amway, ése que empezó vendiendo detergentes biodegradables y se convirtió en la primera gran religión comercial.

La Nueva Era, por otra parte, se ha encargado de llenar el mundo de grandes y maravillosas verdades. Ha desempolvado verdades muy antiguas (célticas, agnósticas, etc.) y, sin ningún prejuicio descontextualizador, nos las ha entregado; ha construido verdades nuevas respecto a la condición humana (meditación trascendental, dianética, etc.) y nos las ha entregado; busca verdades más nuevas aún, en el futuro, y nos las entrega.

Una rápida mirada sobre los textos de la Nueva Era confirma lo anterior. En todas las publicaciones, en todos los libros, en todos los videos, en todos los sitios de la red de redes, el concepto *New Age* está asociado con infinitas macro y micro verdades. A verdades y a técnicas para tener acceso a verdades aún mayores.



II

Contra todos los indicios que parecen demostrar que esta nueva forma de espiritualidad se desarrolla en los resquicios que deja la cultura contemporánea, en cuanto a sus formas de saberse en este mundo, es decir, que la plantean como un acto de carácter contracultural, considero que la Nueva Era es absolutamente orgánica a la tecnocultura. Contribuye a perpetuarla. Es un movimiento de carácter religioso articulado, inherente, funcional a la cultura que hoy domina al mundo. Es decir, que lo que apareció en los sesenta como parte de un movimiento contestatario, se deslindó rápidamente y aprendió a serle útil a los nuevos mandamientos culturales que en esos años ya eran los hegemónicos.

Trataré de explicar por qué.

La sociedad organizada desde y para el mercado (ese lugar único –y en ese sentido, también metafísico– para que las cosas tengan presencia, es decir, existencia), tiene, a pesar de lo que imaginan sus optimistas mentores, una ideología. Es una ideología. Ha construido sobre sí una cosmogonía que tiene en la concepción científico-tecnocrática, la matriz de sus certezas y valores.

Una manera de reconocer si un hecho es contracultural es revisar el grado de alejamiento o cercanía a los pilares de la cultura madre en la que emergió. Otra es estudiar su impacto, más allá de lo que dice de sí mismo.

Veamos el nivel de correspondencia que existe entre algunos conceptos cardinales de la sociedad contemporánea y la Nueva Era.

1. Universalidad.
2. Infalibilidad técnica.
3. Bondad intrínseca.
4. Inevitabilidad.
5. Globalización.
6. Control del futuro.



Foto: A Estrada

¿Cómo será el advenimiento de la era de Acuario?

1. Es un cambio de clara connotación universal, que trastocará la vida en su conjunto de una vez y para siempre, y del que nada ni nadie podrá escapar.
2. Para prepararse, la humanidad debe hacer uso de una serie de técnicas, con las que logrará nuevos estados de conciencia. Gracias a ellas, unas más rápidas, otras más lentas, el hombre, con su nuevo "estado de conciencia" a cuestas, devendrá Hombre Nuevo, hombre de la Nueva Era.
3. Será el fin del maniqueísmo. En Acuario no hay Mal. Acuario es una era en la que la bondad prevalecerá por encima de todas las cosas. Estaremos en condiciones de erradicar de una vez y para siempre aquello que no nos deja ser perfecta y permanentemente felices. Lo mismo que ofrece el progreso, ese bienhechor absoluto.

4. Acuario sucederá por una absoluta necesidad metahistórica. Su advenimiento es inminente y ocurrirá sin necesidad de nuestro consentimiento, ni nuestro esfuerzo. El bienestar porque sí y en sí. Se vivirá para la autorrealización y ésta llevará a la felicidad perenne. La promesa de la Nueva Era es, digamos, la madre de todas las promesas, porque engloba a todas y las hace parte de ella.
5. Se plantea como el punto final del proceso de neutralización de lo diverso. La Nueva Era aglutina, con su vocación sincrética, conceptos culturales de todas las épocas y de todas las tradiciones; en ella está involucrada la absoluta diversidad. A su vez, en la medida que las cosas tienen valor en tanto su pertenencia a un único Ente Universal, en la medida que todo es parte de una única Energía Cósmica se elimina la alteridad. Religiones indoamericanas, sabios tibetanos, saberes mesopotámicos, de todos emerge una única y esencial Verdad. Todas las religiones dicen lo mismo, de la misma manera en que en el presente se condensan todos los saberes de la historia. Todo es útil, mientras pueda plasmarse como una nueva técnica para acelerar los cambios en los estados de conciencia, que nos permitan tener acceso al bienestar: el saber piel roja junto al de Hermes Trimegisto; los poderes de las pirámides egipcias y la energía de Teotihuacán; la astrología y las runas, el I Ching y el horóscopo maya; el budismo, los aquelarres, los consejos de don Juan. Todas las culturas están involucradas; el *newager* es sobre todo tolerante, es el hombre políticamente correcto, capaz de absorber todas las diferencias. Absorber, aceptar, que suele ser la mejor ma-

nera de acabar con la diferencia. Se diluye la diversidad porque las cosas tienen valor en la medida que son partes de algo único. El todo es parte del uno.

6. La era de Acuario llegará. Cualquier astrónomo por más agnóstico que sea puede saber el preciso momento en que la Tierra comience a estar bajo la influencia acuariana, con sólo hacer algunas mediciones en el mapa cósmico. Eso significa que sabemos lo que ocurrirá en el futuro, y en la medida que conocemos lo que ocurrirá, lo podemos controlar y nos podemos preparar para ello. Debemos prepararnos.



Foto: A Estrada

El futuro dejó de ser incognoscible desde que el pensamiento científico, por su imperiosa necesidad de presagio, sustituyó las poco confiables leyes adivinatorias, por las de la construcción de la verdad científica. Desde la modernidad, el futuro se construye a imagen y semejanza de su propia necesidad. Sólo así se vuelve cognoscible, por lo tanto controlable. Son las medibles y presagiables fuerzas del mercado las que definen cómo será el futuro. Es decir, el futuro no será, sino que ya es, en presente. El futuro, así, dejó de ser el lugar de las utopías para ser lo que inexorablemente será, es decir, el lugar de desarrollo de la utopía del mercado, y de ninguna otra.

El pensamiento tecnocrático, cuya trama de consensos se basa fundamentalmente en un mito, la concepción de la ciencia y el progreso técnico como salvíficos y como peldaño final de la razón humana, se aposentó en el mundo y nacieron a su amparo relatos culturales que lo corroboran. Parece que así ocurre siempre. Toda circunstancia social-histórica tiene sus propias formas de pensarse, de

controlarse, de entenderse y genera también sus propios sueños.

El sueño iluminista, devenido (quizás a su pesar) en realidad tecnocientífica y cuyo proyecto social sintetiza el Mercado, encontró en la utopía acuariana su encarnación religiosa.

Extraña e inevitable paradoja: la modernidad se hizo posible en la medida que se abandonó la idea milenarista, que evoca la concepción de un tiempo circular: el milenio de bienestar prometido es el regreso a un tiempo sagrado. En ese abandono –y sólo por eso–, pudo aparecer la idea de progreso, centro mismo de la concepción tecnocientífica que hoy, para poder perpetuarse y autodefinirse como el punto de llegada final de la historia, parecería necesitar de la promesa milenaria que tuvo que desechar para existir.

Espiritualización del materialismo. Tinte sacro a la cultura más deshumanizada que se haya permitido la historia. Religión única para una cultura imperial que acepta las diferencias, nulificándolas. Milenarismo de la sociedad tecnocientífica. La cúspide racional, avalada por un movimiento que se presenta como el cenit de la subjetividad.

La Nueva Era se ofrece como una nueva espiritualidad, vigorosa, dinámica, adecuada a los individualistas nuevos tiempos. Sin embargo, es posible que sea la encarnación de un poderoso proceso desacralizador, el más contundente de la historia moderna, y no precisamente por su distancia con las religiones institucionales y sus pilares doctrinarios, sino por su compleja, aturdida y ambigua manera de aceptar y asumir como propios los conceptos cardinales de la modernidad.

Tres notas finales

1. Una explicación muchas veces esgrimida frente a la aparición y el vertiginoso desarrollo de la Nueva Era, se refiere a la supuesta necesidad del hombre contemporáneo por encontrar nuevos sentidos, ahora que parece estar

situado en medio del sinsentido, que está desideologizado, que ha visto frustrarse los sueños cibernéticos, que ya no cree en nada y que se ha alejado de las religiones institucionales por no encontrar respuestas a sus nuevas demandas espirituales.

En realidad, es difícil ver dónde se manifiesta el fin de las ideologías y la frustración de los sueños cibernéticos prometidos por el devenir tecnológico. Por el contrario, lo que se percibe es que el hombre contemporáneo no vive la perplejidad de la pérdida de sentidos: vive el tremendo desasosiego que provocan los vigorosos sentidos imperantes.

2. Sin pretender que ésta sea una explicación, es posible ver detrás de acontecimientos en extremo diversos, como los sorprendentes suicidios colectivos de índole sectario-religiosa que sorprenden al mundo a partir de las últimas décadas del siglo xx, o la emergencia del zapatismo en México o inclusive los fulminantes ataques a Washington y Nueva York, una sorprendente e inesperada lucha por la sobrevivencia de identidades, es decir, de sentidos, que parecían ya disueltos bajo las unívocas aguas del Mercado.
3. Desde distintas estrategias del pensamiento, son muchas las voces que intuyen, con terror, la posibilidad de ver al hombre, no al metafórico, sino al de carne y hueso, desaparecer en medio de un voraz "sentido único" que imagina (y desea, igual que la Nueva Era), seres con una abstracta identidad universal.

"A este mundo se lo puede llevar la chingada" sugirió Carlos Fuentes a los académicos de la lengua, en octubre del año pasado, prácticamente un mes después de que se derrumbaran los edificios principales del poder neoliberal –y con ellos miles de seres humanos, además de la aparente paz mundial–, en manos de esa otra manifestación religiosa, el fundamentalismo, hermano bizarro de la Nueva Era.✠



